

### El D's del Pathos en A.J.Heschel

#### Joshua Kullock

Joshua Kullock es rabino de West End Synagogue en Nashville, Estados Unidos. Previamente fue rabino de la Comunidad Hebrea de Guadalajara (México) y director ejecutivo de la Unión Judía de Comunidades de Latinoamérica y el Caribe. Cursó estudios de grado en la Universidad de Haifa y de maestría en el Instituto Schechter de Estudios Judaicos de Jerusalém. Es egresado del Senior Educators Program del Centro Melton de Educación Judía de la Universidad Hebrea de Jerusalem. Fue ordenado rabino en el Seminario Rabínico Latinoamericano en el 2005.

#### Introducción

“Mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela;

En tierra seca y árida donde no hay agua” (Salmos 63:2)

Visión de profeta y palabras de poeta, con el alma sedienta y la sensación de lejanía, de tierra árida y desabrida. Así podemos comenzar a definir a Abraham Joshua Heschel, quien fuera uno de los rabinos y pensadores más destacados del siglo pasado. Aquel hombre que nos enseñó a conjugar la metafísica con el activismo político, fue quien demostró cómo el espíritu se reviste en acciones concretas y cotidianas. Y por tanto, no es casual que el día de su muerte se haya encontrado en su cama un texto jasídico junto a un libro sobre la guerra en Vietnam (Dresner, 2002, p. 3).

La vida de Heschel (Varsovia, 1907 – Nueva York, 1972), estuvo signada por su condición de eterno peregrino, no sólo en el plano geográfico, sino también en el ámbito existencial. Este constante deambular influyó indudablemente en el hecho de que Heschel se afirmara como pensador de la periferia, llegando a sostener que el hombre debe hacerse a un lado a fin de generar el espacio necesario para que D's retome su lugar en el mundo. O, citando a Kaplan (1996, p. 33), el desafío que se le presentaba a la humanidad era el de transferir la subjetividad desde lo humano hacia D's. Tomando prestados los conceptos centrales de la filosofía dialógica de Martin Buber (1971), Heschel creía que los seres humanos estaban llamados a transformarse en el “tú” humano del “yo” divino (cf. Kaplan, 1996, p. 69).

Sin embargo, se trataba de una tarea difícil, ya que para devolver a D's al centro de la escena, primero era necesario encontrarlo. De acuerdo a lo planteado por Heschel, D's había sido literalmente echado de este mundo, viviendo desde entonces en un triste y doloroso exilio:

La voluntad de D's es estar aquí, manifiesto y cercano; pero cuando las puertas de este mundo son cerradas de golpe frente a Él, Su verdad es traicionada, Su voluntad desafiada, entonces Él se retira, dejando al hombre consigo mismo. D's no se apartó por propia voluntad; Él fue expulsado. *D's está en el exilio.* (Heschel, 1951, pp. 153-154)<sup>1</sup>

Vemos entonces que Heschel vivió en los márgenes de un mundo que decidió expulsar a D's y, junto a Él, a todo lo que se hallaba por encima del entendimiento racional de los hombres. Pero, al igual que el rey David, quien se sentía incómodo morando en un palacio de cedro mientras el "Arca de D's está entre cortinas" (II Sa. 7:2), Heschel parecía no querer establecerse de manera definitiva hasta no ver con claridad algún lugar en donde la presencia divina pudiese morar. De aquí que para nuestro pensador, la tarea principal de toda la humanidad era la de devolverle a D's su lugar en el mundo: "Lograr la restitución del universo se volvió la meta de todos los esfuerzos" (Heschel, 1950, p. 72).

Pero, ¿cómo se puede hacer para regresar a D's a nuestra realidad cotidiana? ¿Cuáles son los mecanismos a los que debemos apelar para que dicho retorno sea posible?

### **En busca de lo inefable**

Está escrito en el libro de los Salmos (111:10): "El principio de la sabiduría es el temor a D's." Sin embargo, Heschel nos recuerda que el paso anterior a la adquisición del temor a D's está en reconocer que la senda sólo podrá ser transitada si logramos enfrentarnos a las preguntas correctas. Es decir, no hay

---

<sup>1</sup> Tanto aquí como en todas las citas utilizadas, el énfasis es parte del texto original.

lugar alguno para la sabiduría si antes no nos dejamos interpelar por las preguntas últimas de la vida misma. Dichas preguntas representan el comienzo de nuestro camino. Frente a nosotros, entonces, el pedido de que nos volvamos sobre aquellas inquietudes que marcan la esencia de todo hombre, el cual debe hacer frente a los problemas y desafíos que constituyen su vida. No es casual, por lo tanto, que Heschel comience su libro “D’s en busca del hombre” con el subtítulo “Descubrir las preguntas de nuevo.” Allí escribe: “La tarea principal de la filosofía de la religión es redescubrir las preguntas a las cuales la religión es la respuesta” (1959, p. 3).

Para que esto sea posible, es imprescindible un cambio en el abordaje del problema. La filosofía de la religión no podrá continuar explorando aquellos desafíos de la existencia del hombre desde un lugar alejado, aséptico. Para llegar a respuestas comprometidas, Heschel nos dirá que es imperativo dejar de ocupar nuestro tiempo pensando en conceptos, para pasar a reflexionar desde una renovada perspectiva holística. El observador no puede escindirse de aquello que observa, ya que él mismo se encuentra dentro del fenómeno a ser entendido y examinado. Debemos pasar del pensamiento conceptual, al pensamiento situacional:

A menos que estemos comprometidos, el problema no se halla presente. A menos que estemos enamorados o que recordemos vívidamente lo que nos ocurrió cuando estábamos enamorados, no sabemos qué es el amor. No son las cuestiones vicarias sino los problemas personales los que estimulan el pensamiento creativo. (p.

5)

No hay dudas de que Heschel fue un gran retórico. En este sentido, es importante que hablemos un poco sobre su estilo literario. El pensamiento de Heschel está compuesto por su contenido, pero al mismo tiempo, y en igual medida, éste depende de la forma y estilo literarios. Es por ello que Kaplan (2001, p. 11) sostiene que Heschel eligió justamente la retórica poética, buscando con ella traspasar los límites de la palabra. Paradójicamente, sólo al presionar sobre las

limitaciones de nuestra lengua podemos alcanzar a ver más allá de lo que ella en principio nos permite, percibiendo aquella dimensión pre-conceptual que en palabras de Heschel recibe el nombre de “teología profunda.”

A diferencia de la teología, concentrada en las formas en las cuales se traducen nuestras creencias, el objetivo de la teología profunda consiste en descubrir el lugar donde la fe nace y se desarrolla. En oposición a la teología, la cual pertenece al ámbito racional y es pasible de ser expresada en términos humanos, lógicos y distantes, la teología profunda no es racional y por ello es imposible afirmarla por medio de palabras (Heschel, 1972a, pp. 117-118). Esta teología profunda se encuentra en el ámbito de aquello que no está dado a ser siquiera pronunciado, y por tanto sólo puede ser aprehendida a través de la vivencia personal sin intermediarios: “Las experiencias más grandes son aquellas para las que no tenemos ninguna manera de expresarlas” (1951, p. 16).

De aquí se desprende la feroz crítica que Heschel hacía sobre aquellos hombres que sostenían que es posible describir y analizar en profundidad la experiencia de la fe a través del pensamiento conceptual distante. Sólo aquel que vive dentro de la fe, nos dice Heschel, puede entender la fe. Sólo aquellos que están comprometidos con un conjunto de tradiciones gozan de la posibilidad de descubrir las respuestas a las preguntas últimas (1959, p. 8).

Lo dicho hasta aquí también nos sirve para entender la posición de Heschel respecto de los momentos de intuición. Según el pensador, en esos momentos, todo lo que es imposible de ser dicho se transforma en la metáfora de una lengua materna que hemos olvidado (1951, p. 75). En otras palabras, hay momentos en los cuales fugazmente somos devueltos a un mundo que alguna vez supimos conocer, a un mundo con el cual teníamos una conexión directa sin conceptos ni intermediarios. Pero para dar cuenta de ello, como decíamos anteriormente, es imprescindible salirnos del pensamiento conceptual para abrazar el pensamiento situacional que nos conecta con el mundo de nuestras experiencias más íntimas y conmovedoras. De aquí que Heschel sostiene que todos nosotros hemos pasado en alguna oportunidad por una vivencia de encuentro in-mediató con D's (1951, p. 98;

1959, p. 138). Este encuentro se constituye en la premisa básica que le permite proponer a Heschel una vuelta hacia una experiencia que ya hemos tenido y que no nos es ajena, una experiencia en la cual D's no es una simple idea, concepto o hipótesis lógica a ser probada en un laboratorio, sino "una intuición inmediata, evidente como la luz" (1951, p. 75).

Es por ello, que Heschel invirtió grandes esfuerzos en advertirnos sobre los peligros de la dogmatización religiosa. En su libro sobre los Profetas, nuestro pensador afirmará sin rodeos que incluso D's puede ser transformado en un dogma, en una idea vacía de todo contenido real: "Una idea o teoría de D's pueden fácilmente volverse un sustituto de D's, impresionante para la mente mientras que D's como realidad viva se encuentra ausente del alma" (1962, p. 221). Para Heschel, el dogma es expresión de la teología, y no debe ser confundido con las certezas preconceptuales que tenemos sobre lo inefable que por siempre morará en el misterio, certezas que pertenecen al ámbito de la teología profunda.

Lo dicho hasta aquí nos conduce hasta la pregunta sobre las pruebas de la existencia de D's en el pensamiento de Heschel. Sin embargo, para Heschel esta pregunta no aplicaba ni tenía entidad. A la luz de lo que hemos planteado en este texto, está claro que para nuestro pensador inquirir por pruebas que den cuenta de la existencia divina no es sino un ejercicio que nos devuelve al estadio del pensamiento conceptual alejado y falto de todo compromiso existencial:

Pruebas de la existencia de D's pueden añadir fuerza a nuestra creencia; pero no la generan. La existencia de la humanidad implica la realidad de D's. Hay una certeza sin conocimiento en la profundidad de nuestro ser que da cuenta de nuestro inquirir por las preguntas últimas, una certeza preconceptual que se encuentra más allá de toda formulación o verbalización. (Heschel, 1959, p. 120)

En lugar de preguntarnos si D's está vivo o muerto, si D's existe o es una falacia lógica, Heschel sostiene que el pensamiento religioso debe abordar la problemática de si "nosotros estamos muertos o vivos a Su realidad. La búsqueda de D's implica

la búsqueda de nuestra propia medida, una prueba a nuestro potencial espiritual” (1959, p. 127).

Para Heschel, entonces, la existencia de D's es una certeza, o como él prefiere llamarlo, una “presuposición ontológica” (p. 120). Y si alguien en la historia de la humanidad supo dar cuenta de este presupuesto, estando en contacto directo con él fueron los profetas de Israel.

En los profetas, Heschel veía un ejemplo a seguir. Se trataba de aquellos que supieron escuchar el llamado divino y responder con hidalguía al desafío que se les presentaba. Para ellos, la presencia de D's era “abrumadoramente real y conmovedoramente presente” (1962, p. 221). Fueron los profetas precisamente quienes lograron dar cuenta de una cualidad distintiva del D's de Israel:

Para el profeta, como hemos notado, D's no se revela a sí mismo desde un absoluto abstracto, sino a partir de una relación personal e íntima con el mundo. Él no solamente exhorta y espera obediencia; Él también se emociona y es afectado por aquello que ocurre en el mundo, y reacciona de manera acorde. Eventos y acciones humanas despiertan en Él alegría o tristeza, placer o ira. Él no es concebido como quien juzga al mundo de forma desprendida. Él reacciona en una manera íntima y subjetiva, determinando así el valor de los eventos... El D's de Israel es un D's que ama, un D's que se hace conocer y que se preocupa por el hombre. Él no sólo gobierna el mundo con la majestad de Su fuerza y sabiduría, sino que reacciona íntimamente a los eventos de la historia... D's no queda fuera del rango del sufrimiento y del llanto del hombre. Él se encuentra involucrado personalmente, incluso conmovido, por la conducta y el destino del hombre. Pathos denota no una idea de bondad, sino una preocupación viva; no un ejemplo inmutable, sino un desafío abierto, una relación dinámica entre D's y el hombre; no un mero sentimiento o aflicción pasivos, sino un acto o actitud compuesta por varios

elementos espirituales; no sólo una inspección contemplativa del mundo, sino una convocatoria apasionada. (pp. 223-224)

El D's de Heschel es el D's del Pathos. A diferencia del motor inmóvil propuesto desde la filosofía griega, nuestro pensador creía que D's era aquel que no sólo movía los hilos de la historia, sino que a su vez se conmovía y reaccionaba frente a lo que la humanidad hacía aquí en la tierra. No se trataba ni de un D's lejano ni de una deidad indiferente al acontecer de nuestro mundo. D's se preocupaba y se encontraba en la permanente búsqueda del hombre. No sólo el hombre debía buscar a D's; basándose en textos tradicionales judíos, nuestro pensador sostenía que D's también buscaba al hombre (1959, p. 136).

En resumen: Hasta aquí hemos visto que para Heschel la existencia de D's es una certeza absoluta que se presupone en un nivel preconceptual, al cual uno sólo puede acceder desde la teología profunda y a través de la intuición personal. A su vez, dimos cuenta de que este D's no es indiferente a lo que ocurre en este mundo, sino que se involucra de manera personal y pasional con lo que aquí acontece. En consecuencia, D's reacciona de múltiples maneras conforme a lo que ve. Es bajo esta perspectiva que nuestro pensador dice – como vimos anteriormente – que el hombre expulsó a D's y lo confinó a una vida de exilio: fueron las acciones del hombre las que llevaron a que D's se retire de nuestra realidad cotidiana, y de igual manera serán las acciones del hombre aquellas que puedan devolverlo al centro de la historia. ¿Pero cómo se logra esto? ¿Estamos todavía en condiciones de lograrlo?

### **Caminos para el reencuentro**

Heschel creía con todo su ser en la capacidad humana de posibilitar el retorno de lo divino a nuestro mundo. Sin embargo no era ingenuo y sabía que esta tarea habría de requerir grandes esfuerzos por parte del hombre. Y aun así, en la genialidad de su pluma, Heschel supo condensar su receta para la reunión renovada con lo trascendente en tres sendas específicas, tres caminos que de seguirlos con entusiasmo nos posibilitarán el reencuentro con D's:

Hay tres puntos de partida para la contemplación de D's; tres sendas que nos conducen a Él. El primer camino es el de percibir la presencia de D's en el mundo, en las cosas; el segundo es el de percibir Su presencia en la Biblia; el tercero es el de percibir Su presencia en los actos sagrados... Estos tres caminos corresponden en nuestra tradición a los aspectos principales de la existencia religiosa: culto, estudio y acción. Los tres son uno, y debemos recorrerlos todos para llegar a nuestro destino único. Pues esto es lo que descubrió Israel: el D's de la naturaleza es el D's de la historia, y la manera de conocerlo es hacer Su voluntad." (p. 31)

Ante nosotros las tres formas de redescubrir la presencia de D's en aquello que nos rodea: el mundo, la Biblia y los preceptos. Estas tres dimensiones se relacionan entre ellas, moldeando una imagen unificada aunque compleja de D's.

En el pensamiento de Heschel, la senda de la naturaleza se encuentra en relación directa con la posibilidad de maravillarse. El autor nos advierte que hay una clara correspondencia entre el desarrollo de una civilización, y su capacidad de asombrarse:

A mayor desarrollo, menos posibilidades de asombrarse. Esto es por demás peligroso, ya que la facultad de descubrir a D's está dada sólo a aquellos que están capacitados para abrir sus almas al misterio que hay en todo lo que nos rodea. En consecuencia, la toma de conciencia de la existencia de D's comienza, primeramente, al reconocer que no todo puede ser aprehendido por nuestra razón, y que la habilidad de asombrarse y maravillarse significa quebrar las convenciones racionales a fin de volvernos hacia un estadio primigenio, hacia un estadio sin prejuicios. Sólo entonces, el encuentro se hace posible.

Sin embargo, el asombro no debe despojar al hombre de sus capacidades cognitivas. Por el contrario, esta sensación lo ayuda a entender el mundo, comprendiendo a su vez que no todo es pasible de ser internalizado racionalmente. Es entonces que debemos traducir la definición de asombro en Heschel como una manera de pensar: el hombre que se asombra aprende a examinar su mundo de manera constante, maravillándose una y otra vez cuando descubre un estrato

desconocido para él en la naturaleza. Esta posibilidad de asombrarse constantemente recibe, en palabras de Heschel, el nombre de "Asombro Radical" (1951, p.11).

Pero Heschel no frenaba aquí. Para él, tan peligrosa como la falta de asombro era confundir a la naturaleza con lo primordial, olvidándonos que detrás de cada árbol y de cada ser se encuentra D's. Este había sido el error fundamental de los pueblos antiguos que adoraban a las sierras y a las montañas. Fueron nuevamente los profetas quienes supieron luchar contra los intentos de transformar a la naturaleza en una suerte de divinidad. Ellos lograron vencer la tentación de adorar a la naturaleza, y descubrieron entonces la fuerza de D's que se encuentra por encima de lo natural. El objetivo central nunca fue entender la naturaleza en sí, sino la posibilidad de reencontrarse con el orden divino que se despliega en la naturaleza. Heschel sostenía en este contexto que para servir a D's, el hombre tenía que equilibrar el mundo. En este sentido Even Chen (1999, p. 37) tiene razón al diferenciar entre el pensamiento de Heschel y el de Buber, ya que mientras Buber creía posible el diálogo entre el hombre y un árbol, Heschel opinaba que a nivel vivencial el hombre no entabla ninguna relación dialógica con un árbol sino que descubre que también ese árbol está conectado a D's. Es a partir de este descubrimiento que el hombre puede salir de su soledad existencial (cf. Heschel, 1951, pp. 39, 41).

La relación de afinidad entre el hombre y el mundo por un lado y la posibilidad de levantar la voz en un canto que represente al universo entero por otro, nos devuelve al nivel de nuestra realidad que no funciona por medio de definiciones precisas sino por medio de alusiones delicadas. Más aún: la sensación de asombro y la posibilidad de descubrir a D's por detrás de la naturaleza nos regresan nuevamente a los pilares básicos del pensamiento de Heschel, en donde la palabra se esfuma y deja su lugar a las vivencias. Esto es así debido a que el encuentro con la naturaleza se desarrolla en la dimensión vivencial y no a través de las palabras, y la posibilidad de llegar hasta D's depende en este contexto de eventos personales.

La segunda dimensión para redescubrir a D's nos remite al encuentro con la historia en general, y a lo reflejado en el texto bíblico en particular. Heschel (1972a, pp. 171-172) determina sin vacilar que nosotros, hijos de la modernidad, estamos tan seguros de nosotros mismos que no dejamos lugar para que la Biblia nos transmita su mensaje. El hombre, en su deseo de analizar el texto bíblico como cualquier otro texto, pierde la posibilidad de sentir la dimensión de lo trascendente que se encuentra escondida allí, perdiendo en consecuencia toda noción de su santidad.

La tensión constante entre la sacralidad de la Biblia y el compromiso con el estudio crítico del texto acompañará a Heschel a lo largo de su vida. El pensador afirmará que aquel que no comprende las diferencias existentes entre la dimensión de la cronología y la dimensión revelación, no podrá nunca descubrir el mensaje principal que la Biblia viene a transmitir (1959, pp. 257-258).

No es de extrañar que Heschel sostenga que la revelación no puede ser descripta o entendida de manera racional a través de conceptos humanos. En consecuencia, no podemos concebir la revelación divina como un vínculo textual entre D's y el hombre (cf. Even Chen, 1998, p. 68). En otras palabras, la revelación, siendo un evento, pertenece a la dimensión de todo aquello que no es pasible de ser dicho, al mundo de la teología profunda (Heschel, 1972a, p. 188; cf. Burstein, 2004, pp. 183-184).

El lugar del estudio crítico de la Biblia se encuentra en la dimensión de la teología. Es decir, en el plano racional y conceptual. En tanto los estudios críticos se encuentren en este plano, ellos pueden ayudar a resolver problemas lingüísticos y descubrir diversos estratos en el texto. Sin embargo, Heschel nos advierte que los seguidores del estudio crítico del texto bíblico se equivocan al intentar analizar los fundamentos de la revelación a través de las herramientas científicas con las que ellos cuentan.

La Biblia es percibida por nuestro pensador como el protocolo de respuestas del pueblo de Israel al llamado divino, y como la traducción de la vivencia de la

revelación en términos conceptuales y en símbolos que son utilizados para comunicar y transmitir algo de esa experiencia a través de las generaciones. De aquí se deriva que entender de manera literal y exacta el lenguaje poético de la Biblia pervierte el sentido vivencial de lo escrito, generando la pérdida de su significado esencial.

Heschel creía que, siendo la revelación un evento que no puede ser expresado en palabras, y siendo un suceso con dos socios participantes – una revelación doble – el texto bíblico sólo podía dar testimonio de la participación humana en este encuentro con lo trascendente, dando cuenta en el lenguaje de los hombres de la experiencia profética.

Sin embargo, la Biblia no comprende ni el comienzo ni el final de la revelación divina. El texto bíblico sólo nos muestra que D's se encuentra presente en el mundo. En consecuencia, el contenido de la revelación no se encuentra fijado al texto sino que continúa desarrollándose a partir de la respuesta de la humanidad en cada generación.

En este sistema de pensamiento, y a partir de una revelación que es a la vez doble y continua, el peso recae sobre el hombre que comenta el texto y determina su sentido. La humanidad debe hacer frente al desafío de volver una y otra vez sobre el estudio, ya que las respuestas de ayer no necesariamente serán suficientes mañana. No es casual, entonces, que Heschel haya estimado especialmente la enseñanza que sostenía que aun cuando la Biblia fue entregada una sola vez, nosotros debemos recibirla cada día nuevamente, cada quien de acuerdo a su camino y sus propias posibilidades (Heschel, 1995, pp. 145, 169).

Si ya nos hemos reencontrado con el D's de la naturaleza, quien a su vez se revela en el devenir de la historia, ahora Heschel nos conduce hacia la tercera vía de contacto con la divinidad: la senda de los mandamientos, que no es sino la forma en la que el hombre responde al descubrimiento de este D's que se encuentra en la permanente búsqueda de la humanidad.

En este sentido debemos recordar que el judaísmo ha sido históricamente planteado como una tradición normativa. Esto significa que hay leyes específicas que van regulando la vida judía desde el amanecer hasta el anoecer, durante todos los días del año.

Aun así, debemos preguntarnos: ¿Por qué los judíos necesitan un estricto sistema legal cuando tienen ante sí la posibilidad de encontrarse con D's en la naturaleza o la historia?

Para intentar responder a este interrogante, una vez más Heschel intenta reenfocar nuestra atención pidiéndonos un “salto de acción.” En contraposición al pensador danés Soren Kierkegaard (1986), quien requería un salto de fe, Heschel pretendía del pueblo de Israel un salto de acción. Pero, ¿qué significa un salto de este tipo? En pocas palabras, que el hombre haga más de lo que entiende, para poder entonces percibir más de lo que hace (Heschel, 1959, p. 283). Hablamos de salto ya que cuando el hombre toma la decisión de recibir sobre sí los preceptos y cumplirlos no puede justificar su decisión sino en una decisión interna y nada más.

De acuerdo con Heschel, la sensación de compromiso del hombre y su vinculación con D's es algo natural. Es decir, cuando el hombre se para frente al mundo y descubre lo divino que hay en él, comienza a sentir la necesidad de responder de alguna manera a la fuente de la cual surge toda la abundancia (p. 291). De aquí que en el cumplimiento de los preceptos, el hombre permite la unión de su presente con la eternidad divina (p. 352). Y no solo eso sino que en el cumplimiento de los preceptos el hombre completa el canto de D's (p. 290).

Sin embargo, Heschel reconocía la desconexión existente entre la ley judía y el hombre moderno. Por desgracia, en nuestros tiempos ninguna de las partes hablaba “el mismo lenguaje” (1972a, p. 196). En consecuencia, una parte esencial del intento de Heschel de generar un cambio en la situación existente giraba sobre la forma en la cual nuestro pensador enfatizaba algunos aspectos del sistema normativo judío. Es decir, Heschel era un fuerte detractor de la tendencia de definir a los preceptos como un yugo (1959, p. 307). Por el contrario, el judío es

invitado a cumplir con los mandamientos por amor y no por miedo y temor. Hablamos de una sociedad basada en un pacto trascendente, y no en un contrato basado en premios y castigos.

El objetivo de esta sociedad no era cumplir con los preceptos como un fin en sí mismo sino que la observancia pasaba a ser entendida como un medio para reparar al hombre y completarlo. Sobre el hombre recae la responsabilidad de incorporar los preceptos a fin de llegar a la dimensión de la santidad. Es a partir de este camino de acciones concretas que según Heschel somos redimidos. La redención es definida según esta visión como el descubrimiento de la santidad en el mundo. En consecuencia, en las manos de la humanidad se encuentra la posibilidad de redimir el mundo en todo momento y en todo lugar. Sin embargo, a fin de llegar a este punto, primero debemos descubrir la santidad que se encuentra escondida a nuestro alrededor, para luego revelar la dimensión de santidad que se encuentra en los preceptos (p. 316).

Heschel presenta a la ley judía como la “teología del acto simple” (1972b, p. 142). Para nuestro pensador, los preceptos representaban los instrumentos musicales con los cuales poder cumplir con el pedido divino (1959, p. 297). Pero estos instrumentos no sólo debían ser utilizados en la vida ritual: hablamos de los actos simples y cotidianos que componen la vida del hombre de fe. Al igual que Rosenzweig (2005), Heschel aspiraba alcanzar una situación en la cual todos los momentos de la vida sean la expresión del encuentro entre el hombre y D's (cf. Even Chen, 1999, p. 158).

Sin embargo, la crítica de Heschel no terminaba aquí. Siguiendo con su planteo, nuestro pensador explicaba que la ley judía había cerrado sus puertas, al punto tal en que de igual manera que la ciudad de Jericó en el texto bíblico, nadie entraba y nadie podía salir de allí (Heschel, 1972a, pp. 204-205). Es por ello que quienes se encuentran fuera del marco de la ley no logran entender el sistema normativo mientras que aquellos que están dentro no están interesados en lo que ocurre en el exterior. La situación llegó a tal extremo que con el tiempo aquellos que se

encuentran dentro pusieron, según Heschel, a la ley por encima de D's, hecho que devino en el olvido y abandono del amor por el prójimo (1996, p. 51).

En consecuencia, Heschel se enfrentó con los fundamentalistas de la ley. Es decir, nuestro pensador estaba en contra de los que sostenían que el cumplimiento de la norma es algo de "todo o nada." Según Heschel, no es la cantidad de preceptos cumplidos lo que importa, sino la forma en que éstos son cumplidos: no cuántos sino cómo.

En relación a aquellos que se quedaron fuera del marco normativo judío, ya hemos analizado la solicitud de Heschel para con esos hombres de que abandonen su posición distante para poder intentar vivir de acuerdo a la norma establecida, a fin de poder entender y descubrir la dimensión de lo divino que mora en el lenguaje de los preceptos.

¿Cuál es, entonces, la solución práctica que Heschel plantea para construir un puente entre el mundo de la ley y el hombre moderno? Heschel nos propone una escalera de cumplimiento y observancia (1972a, p. 206). Por medio de esta escalera el pensador intenta desarrollar una pedagogía del retorno a fin de poder devolver de manera real y seria a los judíos seculares a la senda de los preceptos y a la vida judía como él la entendía. En oposición a los fanáticos que solo proponían extremismo e intolerancia, él proponía que los educadores tengan flexibilidad, sabiduría y amor. A su vez, Heschel enfatizaba la necesidad de formar "hombres de texto" por sobre la tendencia clásica de hacer hincapié en "libros de texto" (1953, p. 19).

Es importante acentuar que durante todo el proceso, Heschel siempre le habla a la persona en singular. Es decir, nuestro pensador quería que prestáramos atención al hecho de que la tradición judía transfiere la responsabilidad a cada judío en particular en su posibilidad de cumplir con los preceptos. Esta fue sin dudas la "insolencia judía," ya que no vaciló en transformar al individuo en el reflejo del todo, al judío individual en la imagen del pueblo en su conjunto (pp. 191-192).

Por último, no podemos dejar de mencionar que a la par de la ley, en el pensamiento de Heschel se encuentra la exégesis de esa ley. Este estadio, llamado *Agadá* es el que le da sentido a la práctica cotidiana de la norma, es la esencia misma de la tradición de Israel. Nuestro pensador nos recuerda una y otra vez la necesidad de lograr un equilibrio entre la ley y la *Agadá*. No es posible vivir sólo de acuerdo a la norma, ya que ésta puede ser transformada en un semi-dios (1959, p. 326). Pero tampoco es prudente vivir del espíritu de la ley, sin enraizarlo en acciones concretas.

No hay dudas de que por detrás de los planteos que nuestro pensador despliega podemos encontrar una crítica tanto hacia la ortodoxia como también hacia los movimientos liberales. Heschel insistía sobre la necesidad de caminar por el centro, haciendo hincapié en el equilibrio. Esta es la función principal del hombre en este mundo: alcanzar una armonía renovada entre la ley y su espíritu, entre el cuerpo y el alma, entre la exhortación y el consejo (p. 341).

En resumidas cuentas, vemos que la idea del balance encuentra un lugar central en el pensamiento de Heschel. El hombre moderno es llamado a equilibrar entre los conceptos y las situaciones, el dogma y la teología profunda, la prosa y la poesía, la razón y la intuición, la modernidad y el asombro, la cronología y la revelación. Es en ese equilibrio que se encuentra la certeza de la existencia del eterno D's del Pathos. Es en ese balance que Heschel nos propone no sólo recuperar las preguntas últimas, sino también echar un vistazo a las respuestas fundamentales de la existencia del hombre:

Ser judío es renegar de los falsos dioses, ser sensible al infinito  
compromiso de D's en toda situación finita, dar testimonio de Su  
presencia en las horas de Su ocultamiento, recordar que el mundo  
está irredento. Hemos nacido para ser una respuesta a Su pregunta.

(p. 416)

### Bibliografía

- Buber, M. (1971). *I and Thou*. New York: Touchstone.
- Bursztein, A. (2004). 'Teologiat haMaamakim' uBikoret haMikra lefi A. J. Heschel: Hashlahot Hinuchiot. *Yiunim beHinuch Yehudi*, 9, pp. 183-192.
- Dresner S. (2002). *Heschel, Hasidism and Halakha*. New York: Fordham University Press.
- Even Chen, A. (1998). The Torah, Revelation, and Scientific Critique in the Teachings of Abraham Joshua Hechel. *Conservative Judaism*, 50, pp. 67-76.
- Even Chen, A. (1999). *Kol min haArafel: Abraham Joshua Heschel bein Fenomenologuia leMistika*. Tel Aviv: Am Oved.
- Kaplan E. (1996). *Holiness in WorD's*. New York: SUNY Press.
- Kaplan, E. (2001). Heschel as a Philosopher: Phenomenology and the Rhetoric of Revelation. *Modern Judaism*, 21, pp. 1-14.
- Kierkegaard, S. (1986), *Fear and Trembling*. London: Penguin Classics
- Heschel, A. J. (1950). *The Earth is the Lord's*. New York: Henry Schuman Inc.
- Heschel, A. J. (1951). *Man is not alone*. New York: Jewish Publication Society.
- Heschel, A. J. (1953). The Spirit of Jewish Education. *Jewish Education*, 24(2), pp. 9-20
- Heschel, A. J. (1959). *God in Search of Man: A Philosophy of Judaism*. New York: Farrar, Straus & Cudahy.
- Heschel, A. J. (1962). *The Prophets*. New York: Jewish Publication Society.
- Heschel, A. J. (1972a). *The Insecurity of Freedom: Essays on Human Existence*. New York: Schocken Books.
- Heschel, A. J. (1972b). Toward an Understanding of Halachah. En S. Siegel y E. Gertel (ED's.), *Conservative Judaism and Jewish Law* (pp. 134-151). New York: Ktav Pub Inc.
- Heschel, A. J. (1995). *A Passion for Truth*. New York: Jewish Lights Publishing.
- Heschel, A. J. (1996). A Time for Renewal. En S. Heschel (Ed.), *Moral Grandeur and Spiritual Audacity* (pp. 47-53), New York: Farrar, Straus & Giroux.
- Rosenzweig, F. (2005). *The Star of Redemption*. Madison: University of Wisconsin Press